

Editorial. "Trayectorias de uso" y "el objeto como productor y usuario": dos ideas para la subversión historiográfica

Renato Bernasconi

RESUMEN Esta editorial contribuye con dos ideas a la discusión planteada por los editores invitados en torno a la dimensión de uso de los objetos técnicos. En primer lugar, propone incorporar la idea de "trayectorias de uso". El concepto es desarrollado a partir de las nociones de "ajuste tecnológico" y "reconstitución tecnológica", ambas propuestas por Pfaffenberger, así como a partir de las ideas planteadas por Domínguez Rubio en torno a lo que él denomina "implacabilidad de las cosas". La segunda idea es que la ontología relacional que formula Barad resulta útil para esbozar programas historiográficos que respondan a la urgente necesidad de subvertir creativamente los métodos, los marcos conceptuales y las categorías tradicionales. Esta idea se desarrolla en torno a los planteamientos de Francesca Bray, por un lado, y Giaccardi y Redström, por otro, quienes coinciden en señalar que los límites entre producción y uso han colapsado.

* * *

La historia del diseño solía ser la historia de objetos cotidianos, con foco en quienes los hicieron, sus influencias, su formación y su práctica profesional. Hoy sabemos que este esfuerzo historiográfico «falla en reconocer el significado histórico del diseño» (Fry et al., 2015, p. viii) y, por tanto, sus hallazgos resultan triviales e inadecuados (Fry, 2015). Debido a ello, los historiadores del diseño buscan nuevos métodos, marcos conceptuales y categorías que den cuenta de lo que Appadurai denominó "la vida social de los objetos" (1988).

Estas nuevas perspectivas pasan por reconocer, entre otras cosas, que las personas y los artefactos establecen relaciones de coproducción: diseñamos artefactos, pero estos llevan inscritas determinadas prácticas discursivas y, por tanto, siguiendo a Barad (2003), *producen* a los sujetos que los crean. Entender eso resulta fundamental para reconocer el significado histórico del diseño. Asimismo, los nuevos enfoques exigen considerar algo que sabemos hace décadas: los objetos dan significado y valor a las relaciones entre las personas (Appadurai, 1988) y definen en buena parte las identidades individuales, tanto como antes lo hacían la familia y las comunidades (Knorr Cetina, 1997, p. 1). Estos significados dependen, básicamente, de convenciones sociales, interpretaciones subjetivas y valoraciones culturales, es decir, de

factores que sobrepasan lo que podemos controlar cuando, como diseñadores, proyectamos los objetos que lanzamos al mundo. Como señala Appadurai, en realidad los significados de las cosas están inscritos en sus formas y sus usos, pero sobre todo en sus trayectorias (1988, p. 5).

Aunque Appadurai no está hablando específicamente de diseño, sino de una perspectiva antropológica a los objetos económicos que circulan en diferentes regímenes de valor —y particularmente del valor de intercambio de estos objetos— (1988, p. 4), podemos leer los tres elementos que menciona en el fragmento recién citado —formas, usos, trayectorias— como una historia compacta de los paradigmas contemporáneos del diseño, lo que me servirá para desarrollar algunas ideas. Efectivamente, en un primer momento creímos que el valor de los objetos que diseñábamos dependía de la *forma*, a tal punto que el gran aliado del diseño era la estética. En consecuencia, la historiografía del diseño tomaba prestados sus métodos y valores de la historia del arte y la arquitectura (Fry, 2015, p. 4). Luego, cuando por fin advertimos que el uso era tanto o más importante que la forma, nos movimos al paradigma del diseño centrado en el usuario y recurrimos a la etnografía y las ciencias sociales.

En ese momento nos ayudó dejar de preguntarnos qué *representan* o *simbolizan* los objetos para las comunidades y comenzar a indagar qué *hacen* los objetos por las comunidades (Domínguez Rubio, 2016, p. 60). En palabras de Anthony Dunne, debíamos prestar más atención a la forma en que los objetos se comportan y, por ende, era necesario desarrollar una estética del uso (1999). Para dar este giro, la Teoría Actor Red resultó especialmente útil, ya que incorporaba los objetos a la teoría social (Harman, 2016), reconociendo que estos no son meros repositorios de significado, sino agentes materiales que dan forma a las relaciones sociales (Domínguez Rubio, 2016, p. 59). Pero ahora descubrimos que el uso de los objetos es un asunto mucho más complejo de lo que es capaz de asimilar el diseño centrado en el usuario y comenzamos a reparar en que debemos considerar sus *trayectorias*, el tercer elemento mencionado por Appadurai. Aunque para él las trayectorias están relacionadas con el recorrido desde la producción al consumo, pasando por el intercambio y la distribución (Appadurai, 1988, p. 13), considerarlas me permite proponer dos ideas acerca del problema que plantean los editores de esta edición en torno a lo que ellos llaman “la dimensión del uso” de los objetos técnicos.

TRAYECTORIAS DE USO

La primera idea es que la noción de uso debe ser expandida, para lo cual propongo incorporar la idea de “trayectorias de uso”. Para explicar el concepto me basaré en Pfaffenberger y sus nociones de “ajuste tecnológico” y “recons-

titución tecnológica" (1992, p. 285), así como en la idea de la "implacabilidad de las cosas" planteada por Domínguez Rubio (2016).

En "Technological Dramas", su fascinante artículo publicado en 1992, Pfaffenberger nos propone una miríada de ideas altamente productivas, todas ellas destinadas a demostrar que la tecnología es política por medios distintivos,¹ esto es, por medios tecnológicos (1992, p. 287), y que los usuarios no aceptan estos medios en forma pasiva o resignada. Una de estas ideas, central en su argumento, es que los valores políticos que están incrustados en los artefactos deben ser discursivamente regulados, para lo cual es necesario legitimarlos, esto es, rodearlos de medios que *constituyan* ese fin político (1992, p. 294). ¿Y cómo se legitiman? Pfaffenberger sostiene que, para ser persuasivos, esos medios no operan a través de discursos verbales y argumentos, sino a través de medios simbólicos, más específicamente, a través de los lenguajes del mito y el ritual (1992, p. 284). Y aquí llegamos al punto que nos permite nutrir la noción de trayectorias de uso. Esos medios pueden ser resistidos, subvertidos, saboteados y revolucionariamente alterados por los usuarios (1992, p. 285). De hecho, el *drama tecnológico* es precisamente una secuencia discursiva de "declaraciones" y "contra declaraciones" tecnológicas que se despliegan recursivamente a través de escenas (el contexto), actores (diseñadores, artefactos y usuarios) y audiencias (1992, p. 286).

Pfaffenberger concibe el drama tecnológico como una performance compuesta por tres actos: regularización tecnológica, ajuste tecnológico y reconstitución tecnológica (1992, p. 285). Vale la pena caracterizar estos actos, sugestivamente expuestos en "Technological Dramas" a través de múltiples ejemplos, aun a costa de que nos desviemos (aparentemente) del objetivo. En el primer acto, la regularización, fabricantes y diseñadores crean (o modifican) un artefacto o un sistema tecnológico para hacerlo capaz «de significar e implementar coercitivamente una visión (...) de una sociedad estratificada, en la que el poder, la riqueza y el prestigio se asignan diferenciadamente» (1992, p. 291). Para que esta tecnología penetre, estos mismos actores presentan los artefactos o sistemas envueltos en mitos sobre la conservación de la civilización y la dignidad humana (1992, p. 285), así como en ritos destinados a modelar las acciones de las personas en el espacio social (1992, p. 286). Pero Pfaffenberger es muy claro al respecto: ni los mitos ni los rituales destinados a generar contextos son lo suficientemente poderosos como para que los usuarios los acepten con apatía y resignación pasiva. Los usuarios desafían estos intentos por regularizar y estratificar la vida social. En efecto, tanto los discursos como los artefactos son resistidos por quienes ven menoscabado su poder, su autoestima o su prestigio (1992, p. 286). Entonces, el drama da paso al segundo y tercer acto.

¹ Así sintetiza Pfaffenberger lo distintivo de la tecnopolítica: «La construcción recíproca de objetivos y artefactos políticos, junto con la fabricación deliberada de contextos sociales controlados, es lo que caracteriza lo específicamente tecnológico de la política tecnológica» (1992, p. 291).

2 Pfaffenberger ofrece una bien documentada tipología de estrategias contextuales de regularización, indicando con ello la omnipresencia del elemento clave en la regularización tecnológica: la fabricación del contexto (1992, p. 291). Estas son: exclusión, desvío, incorporación diferencial, compartimentación, segregación, centralización, estandarización, polarización, marginación, delegación y desautorización (1992, pp. 291–294).

Y aquí está precisamente lo que me interesa destacar de “Technological Dramas”. Tanto el ajuste tecnológico como la reconstitución tecnológica aprovechan la naturaleza inconsistente, ambigua y contradictoria de los esfuerzos de regularización (1992, p. 287). Explotando las indeterminaciones, los usuarios que se ven perjudicados por las estrategias contextuales de regularización² reinterpretan y redefinen las reglas y las relaciones (1992, p. 297). Pfaffenberger nos muestra tres “temas” de ajuste tecnológico, los que trazan, en parte, lo que aquí denomino trayectorias de uso. Estos son: (1) contrasignificación, mediante la cual los usuarios revisten al artefacto con un marco de significado más favorable; (2) contraapropiación, mediante la cual los grupos excluidos reinterpretan el discurso dominante para legitimar el acceso al artefacto; y (3) contradelegación, a través de la cual los usuarios subvierten levemente, desarman, silencian o suprimen de algún modo la función coercitiva del artefacto (1992, pp. 300–303). Todas estas estrategias de ajuste tienen algo en común: «no atacan abiertamente los fundamentos de la regularización técnica» (1992, p. 303) y corresponden más bien a respuestas de acomodo a ella (1992, p. 301). Los mecanismos de reconstitución tecnológica, en cambio, consisten en que los usuarios, guiados por una ideología conscientemente “revolucionaria” de inversión simbólica (denominada antisignificación), reconfiguran los procesos de producción tecnológica y los artefactos, produciendo contra-artefactos, contracontextos e incluso estrategias de contrarregularización (1992, p. 304). Pero el drama no termina aquí. Obviamente, los agentes de regularización intentan tomar el control de estos contra-artefactos, «realizando modificaciones técnicas que reduzcan su potencial revolucionario», un proceso que Pfaffenberger denomina “reintegración tecnológica” (1992, p. 307).

Como podemos ver en este extenso recuento, “la dimensión del uso” de los objetos técnicos trae aparejada una trayectoria que pasa por fases de acomodo, apropiación y contra-apropiación, resistencia y reintegración, ajustes y desajustes; todo ello habilitado por un proceso performático y recursivo que significa, ressignifica, contrasignifica, antisignifica y designifica a los objetos (Pfaffenberger, 1992, p. 308). Evidentemente, como veremos a continuación, el uso de los objetos es un fenómeno fluido, ya que los objetos están entrelazados con prácticas discursivas y materiales que suelen ser inestables, inconsistentes, ambiguas y contradictorias.

Haciéndonos pensar en los objetos y las cosas como dos realidades *discrepantes*, y planteando una crítica a las corrientes que estudian las distintas maneras en que los objetos expresan su agencia, Domínguez Rubio (2016) agrega otra capa a la noción de trayectorias de uso. Por un lado, señala que «los objetos se desgastan y cambian, se rompen, funcionan mal y tienen que ser constantemente reparados, adaptados y reintencionados» (Domínguez

Rubio, 2016, p. 60). Además, como usuarios también los desestabilizamos y los subvertimos: «rutinariamente los utilizamos en forma incorrecta, mal reconocida y desobediente» (Domínguez Rubio, 2016, p. 60). Esta aproximación a los objetos y las cosas, interesante por sí misma para un programa historiográfico, implica

pensar *ecológicamente*, es decir, no en términos de objetos, sino en términos de las condiciones y prácticas discursivas y materiales (...) bajo las cuales ciertas cosas pueden hacerse posibles, efectivas y reproducibles como objetos dotados con ciertos tipos particulares de valor, significado y poder (Domínguez Rubio, 2016, p. 60).

Cabe hacer notar que esta idea está en consonancia no solo con los planteamientos de Pfaffenberger, sino también con los de Karen Barad, quien se apoya en Foucault para señalar que las prácticas discursivas son, en realidad, las condiciones materiales, históricamente situadas, que enmarcan las prácticas de conocimiento (2003, p. 819). Y más importante aún: las prácticas discursivas no describen, sino que *producen* a los sujetos y objetos de las prácticas de conocimiento (Barad, 2003, p. 819). Volveremos sobre esto.

Para Domínguez Rubio, pensar “ecológicamente” supone considerar, en primer lugar, la temporalidad y el cambio, así como situar la indagación «al nivel de los procesos y negociaciones a través de los cuales surgen diferentes arreglos materiales y simbólicos» (2016, p. 64). En segundo lugar, implica considerar que los procesos mediante los cuales las cosas se posicionan como objetos «están siendo constantemente renegociados dentro de diferentes regímenes de valor y significado» (Domínguez Rubio, 2016). Se trata de procesos eminentemente relacionales que, en cuanto tales, pueden ser llevados a un programa historiográfico. Y así ha sido. Aquí un ejemplo: Tony Fry y Anne-Marie Willis señalan que su investigación sobre la historia del acero está basada en un enfoque metodológico relacional (2015, p. 1). Esto hace que dicha investigación gire precisamente en torno a las “ecologías del acero”, que no solo incluyen ecologías de intercambio material (naturales/artificiales), tecnológico y económico, sino también, obviamente, ecologías de intercambio de significados y saberes (Fry & Willis, 2015). En palabras de los autores, se trata de «una exploración neo-materialista de las relaciones determinantes del acero [que lo determinan y que este, a su vez, determina] desde la perspectiva de la relacionalidad de las ecologías» (Fry & Willis, 2015, p. 5).

En síntesis, las trayectorias de uso dan cuenta de las inconsistencias, ambigüedades y contradicciones de las estrategias contextuales de regularización; consideran los procesos de ajuste y reconstitución, apropiación y contra-apropiación, resistencia y reintegración; son sensibles al desgaste, las

fallas, las negociaciones y las adaptaciones; atienden a las transformaciones en las condiciones simbólicas, performáticas y discursivas; toman en cuenta los diferentes regímenes de valor y significado; y, finalmente, mantienen vivo el proceso de co-producción.

De este modo, las trayectorias de uso se hacen cargo de la advertencia que hiciera Knorr Cetina en su ya clásico "Sociality with Objects" respecto a nuestra relación con los objetos:

Debemos tener cuidado de no interpretar las relaciones con objetos simplemente como lazos emocionales positivos, como si fueran simétricas, no-apropiativas, etc. La caracterización que uno debe buscar ha de ser más dinámica, permitir la ambivalencia y tener en cuenta la durabilidad del compromiso de las personas con los objetos (Knorr Cetina, 1997, p. 12).

EL OBJETO COMO PRODUCTOR Y USUARIO

Otro factor a considerar para expandir la noción de uso es que, tal como señala Francesca Bray en la entrevista que publicamos en esta edición, «no hay un punto en que algo deje de convertirse en producción y se transforme en uso o consumo». Esta idea, mucho más subversiva que la anterior, implica no solo expandir, sino también diluir las fronteras de lo que entendemos por uso o usuario para hacerlas permeables a lo que concebíamos como el polo opuesto: la producción. Ya dijimos que establecemos relaciones de co-producción con los objetos. Por sí sola, esta idea desbarata la dualidad producción/uso tal como la concebíamos. Pero hay algo más. Bray lo explica de esta manera en la entrevista: «La categoría de usuario, y la manera en que se implementa (...) tiende a construir un tipo de polaridad que separa la producción del consumo. (...) Pero, en realidad, ambas cosas conforman una serie de secuencias operativas entrelazadas».

Elisa Giaccardi y Johan Redström ofrecen pistas para entender qué son y cómo operan estas secuencias operativas entrelazadas. Si bien no se refieren a ellas exactamente en esos términos, sin duda citarlos en extenso nos ayudará a comprender el fenómeno:

La frontera entre producción y consumo está prácticamente desmantelada. El proceso de diseño ya no es algo que ocurre antes de la producción; más bien, vemos que desarrollo e implementación están completamente entrelazados, a veces con tanta frecuencia como en las actualizaciones diarias. Pareciera que esta característica de un devenir constante va a ser aún más acelerada por tecnologías que "apren-

den" activamente mientras están en uso, cambiando y adaptándose con el tiempo a un nivel incluso más fundamental de lo que ocurre actualmente (Giaccardi & Redström, 2020, p. 33).

En este sentido, expandir la noción de uso —y hacerla permeable a nociones tales como producción y co-producción— implica reconocer que «el diseño se desplaza hacia flujos más fluidos de interacción entre personas y procesos, así como entre las personas y los sistemas de cosas que median dichos procesos» (Giaccardi & Redström, 2020, p. 34). Pero tal vez el cambio más radical sea el siguiente: como diseñadores, debemos asumir que los objetos también *hacen cosas* y *usan* (Giaccardi & Redström, 2020, p. 41). Evidentemente, el paradigma del diseño centrado en el usuario deja de ser viable en este escenario. No podemos obviar que objetos técnicos como los algoritmos, los asistentes virtuales o cualquiera de los dispositivos que monitorean las funciones corporales están expresando una agencia inédita (aprenden, actúan, se optimizan y se transforman) y, tal como señalan Giaccardi y Redström, *son agentes en el espacio de diseño* (2020, p. 35).³ Coincidiendo con lo que señala Bray en la entrevista, Giaccardi y Redström señalan que todo esto supone el colapso de las distinciones actualmente vigentes entre producción y uso, así como entre sujeto y objeto y entre productor y producido (2020, p. 38).

3 Elisa Giaccardi habla del "giro agencial" para decirnos que, dado que las cosas colaboran en el proceso de diseño con sus propias habilidades y perspectivas, debemos considerarlas como socias en dicho proceso (Giaccardi, 2019).

SUBVERSIÓN HISTORIOGRÁFICA

La pregunta ahora es si estas ideas son útiles para formular un programa historiográfico que dé cuenta de los entramados sociotécnicos en que se sitúan el diseño y las tecnologías. Para comenzar a responderla, conviene hacer notar que la historia, en tanto disciplina, práctica y método, está en serios problemas (Fry, 2015, p. 4), se ve enfrentada a buscar nuevos principios organizadores (Kuukkanen, 2020, p. 4) y, en consecuencia, hay quienes llaman a elaborar una nueva noción de historia (Tamm & Simon, 2020) o, dicho de otro modo, a crear nociones radicalmente transformadas de lo que entendemos por historia (Fry, 2015, p. 6). Y esta crisis va más allá de la historia como disciplina. El llamado es a acometer un cambio radical de las humanidades (LeCain, 2017) y, aún más allá, a repensar los fundamentos de nuestra comprensión de la vida y la naturaleza humana (Domańska, 2020). ¿Por qué? Porque, como señala Ewa Domańska, los conceptos y las teorías existentes se ven superados por los fenómenos que aparecen en la realidad (2020, p. 185). Simple y claro. Como vemos, el colapso de las distinciones actualmente vigentes entre producción y uso (Giaccardi & Redström, 2020, p. 38) es tan solo uno de esos fenómenos.

En este contexto, un programa historiográfico que responda a la necesidad de encontrar nuevos principios organizadores y movilizar

nociones transformadoras deberá tomar en cuenta la ontología relacional propuesta por Karen Barad. Esta ontología, fascinante para la historiografía del diseño (así como para cualquier otra) se basa en dos principios: (1) los límites y las características de las entidades no son inherentes, sino relacionales; y (2) los significados no están en las propiedades de las palabras, sino que emergen en las reconfiguraciones materiales del mundo (Barad, 2003).

Evidentemente, esta ontología relacional permite abordar en forma más creativa —y, por tanto, productiva— el derrumbe de los límites entre categorías que concebíamos como antagónicas. A través de su trabajo, Francesca Bray ofrece ejemplos de ello. Tomemos uno. En su reciente investigación sobre cultivos, Bray y sus colegas cuestionan las fronteras entre movilidad y permanencia, señalando que centrarse en el movimiento de las cosas a través de diversos lugares, como insistentemente hacen los estudiosos de la movilidad, supone «perder de vista los lugares mismos y el complejo arraigo material-cultural de las cosas» (Bray et al., 2019, p. 21). Así mismo, señalan que una movilidad que no considere la permanencia «nos inclina a deshistorizar las cosas en su punto de origen» y a ignorar que estos objetos continúan moviéndose en su lugar, trazando “trayectorias de permanencia” (Bray et al., 2019, p. 21).

Como vemos, las dos ideas planteadas en esta editorial (la noción de trayectorias de uso y la disolución de los límites entre uso y producción) ofrecen, cada una a su manera, posibilidades para subvertir nuestros métodos, marcos conceptuales y categorías. Espero que sean útiles para los historiadores del diseño, la tecnología y los sistemas sociotécnicos que ya se encuentran empeñados en buscar nuevos principios organizadores para sus programas historiográficos. O que al menos los fundamentos expuestos resulten inspiradores para estudiar, precisamente, (1) cómo se despliegan las estrategias contextuales de regularización; (2) cuáles son las negociaciones y las condiciones discursivas, materiales y performáticas que hacen posibles las dinámicas de producción/uso de lo que llamamos “diseño”; y (3) qué formas toman las estrategias de ajuste y reconstitución, así como las prácticas discursivas, materiales y performáticas que habilitamos en esos procesos fluidos, situados, inestables y abiertos de producción/uso. □

REFERENCIAS

- APPADURAI, A. (1988). Introduction: Commodities and the Politics of Value. En A. Appadurai (Ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective* (pp. 3–63). Cambridge University Press.
- BARAD, K. (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28(3), 801–831. <https://doi.org/10.1086/345321>

- BRAY, F., HAHN, B., LOURDUSAMY, J. B., & SARAIVA, T. (2019). Cropsapes and History: Reflections on Rootedness and Mobility. *Transfers*, 9(1), 20–41. Scopus. <https://doi.org/10.3167/TRANS.2019.090103>
- DOMAŃSKA, E. (2020). The Paradigm Shift in the Contemporary Humanities and Social Sciences. En J.-M. Kuukkanen (Ed.), *Philosophy of History: Twenty-First-Century Perspectives* (pp. 180–197). Bloomsbury.
- DOMÍNGUEZ RUBIO, F. (2016). On the Discrepancy between Objects and Things: An Ecological Approach. *Journal of Material Culture*, 22(1), 59–86. <https://doi.org/10.1177/1359183515624128>
- DUNNE, A. (1999). *Hertzian Tales: Electronic Products, Aesthetic Experience, and Critical Design*. MIT Press.
- ESCOBAR, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal* (Cristóbal Gnecco, Trad.). Universidad del Cauca.
- FRY, T. (2015). Whither Design/ Whether History. En T. Fry, C. Dilnot, & S. Stewart, *Design and the Question of History* (pp. 1-130). Bloomsbury.
- FRY, T., DILNOT, C., & STEWART, S. (2015). *Design and the Question of History*. Bloomsbury.
- FRY, T., & WILLIS, A.-M. (2015). *Steel: A Design, Cultural and Ecological History*. Bloomsbury.
- GIACCARDI, E. (2019). Histories and Futures of Research through Design: From Prototypes to Connected Things. *International Journal of Design*, 13(3). <http://www.ijdesign.org/index.php/ijdesign/article/view/3192/875>
- GIACCARDI, E., & REDSTRÖM, J. (2020). Technology and More-Than-Human Design. *Design Issues*, 36(4), 33–44. https://doi.org/10.1162/desi_a_00612
- HARMAN, G. (2016). *Immaterialism: Objects and Social Theory* (1ª ed.). Polity.
- KNORR CETINA, K. (1997). Sociality with Objects: Social Relations in Postsocial Knowledge Societies. *Theory, Culture & Society*, 14(4), 1–30. <https://doi.org/10.1177/026327697014004001>
- KUUKKANEN, J.-M. (2020). A Conceptual Map for Twenty-First-Century Philosophy of History. En J.-M. Kuukkanen (Ed.), *Philosophy of History: Twenty-First-Century Perspectives* (pp. 1–19). Bloomsbury.
- LECAIN, T. J. (2017). *The Matter of History: How Things Create the Past*. Cambridge University Press.
- PFAFFENBERGER, B. (1992). Technological Dramas. *Science, Technology, & Human Values*, 17(3), 282–312.
- TAMM, M., & SIMON, Z. B. (2020). Historical Thinking and the Human: Introduction. *Journal of the Philosophy of History*, 14(3), 285–309. <https://doi.org/10.1163/18722636-12341451>